

PETER K. ANDERSSON, *Fool: In Search of Henry VIII's Closest Man*, Princeton, 2023, 210 pp. ISBN: 9780691250168.

La historia de la corte de los Tudor suele estar dominada por relatos de intrigas políticas, rupturas religiosas y las turbulentas vidas de los monarcas y sus cónyuges. Sin embargo, en *Fool: In Search of Henry VIII's Closest Man*, el historiador Peter K. Andersson dirige la atención hacia una figura que, a pesar de estar presente en el centro mismo del poder, ha sido relativamente ignorada por la historiografía tradicional: William Somer, el bufón de Enrique VIII. Esta figura, que desde una perspectiva historiográfica resulta curiosa, desde el punto de vista de la filosofía política representa un problema central: cómo criticar al poder sin morir en el intento.

Andersson sostiene que Somer fue quizás el hombre que pasó más tiempo a solas con el rey, accediendo a sus aposentos privados y convirtiéndose en una presencia casi constante desde 1535 hasta el final del reinado de Enrique. Su servicio continuó bajo Eduardo VI y María Tudor. El libro no es una biografía convencional —tarea imposible dada la escasez de fuentes directas— sino lo que el autor llama una “microhistoria existencial” o una “biografía de los silencios”, que intenta reconstruir al individuo a través de los fragmentos dejados en registros administrativos, retratos, leyendas y literatura.

Uno de los pilares del libro es el análisis de cómo William Somer se transformó, tras su muerte en 1559, en una leyenda de la comedia inglesa. Andersson dedica su libro a “pelar las capas” de este mito. En la literatura del siglo XVII, Somer es retratado como un ingenioso crítico social, un hombre de sabiduría popular que decía verdades incómodas al poder. Sin embargo, Andersson demuestra que gran parte de esta imagen es una construcción posterior influida por la evolución del teatro isabelino y jacobino.

El autor examina obras de figuras como Robert Armin y Thomas Nashe para mostrar cómo Somer fue adoptado por la tradición de los payasos de escenario, partiendo de su verdadera función en la corte. Los registros contemporáneos dibujan una figura ambivalente que en ocasiones sucumbía a la locura. La estratificación de su leyenda lo convirtió en una figura que, amparada por su locura o tono humorístico, podía hasta cierto punto poner en evidencia los excesos que en la Inglaterra de Enrique VIII desembocaron en el cesaro-papismo. Esta es una de las principales funciones que desempeña en la obra de Shakespeare tras la influencia de Armin (que interpretó a los principales bufones shakespearianos con conocimiento de causa, como su estudio *A Nest of Ninnies* atestigua). La ausencia explícita del bufón al inicio de *Enrique VIII*, tal vez un homenaje a Armin por parte de Shakespeare, puede decir a su vez mucho de la tendencia a la tiranía del monarca.

Otra cuestión importante en el estudio de Andersson es la distinción renacentista entre el bufón natural (alguien con una discapacidad intelectual o diferencias neurotípicas) y el bufón artificial (un intérprete que simula locura

para entretener). Andersson se niega a encasillar a Somer en una sola categoría. A diferencia de otros historiadores que han intentado diagnosticarlo retrospectivamente, el autor argumenta que la fuerza de Somer residía precisamente en su identidad borrosa.

A través de menciones en textos de la época, como los de John Heywood, se describe a Somer como un hombre propenso al letargo o al sueño constante (una posible narcolepsia o simplemente una forma de resistencia pasiva), y a veces a arrebatos de ira. Andersson sugiere que Somer no era un comediante en el sentido moderno, sino más bien un generador de humor. Su gracia no provenía necesariamente de chistes ensayados, sino de sus respuestas inesperadas, sus errores verbales (como llamar *deceivers* a los cobradores del rey) y su comportamiento auténtico en una corte donde todo lo demás era apariencia.

Quizás el aporte más original de Andersson es su análisis de Somer en los retratos reales. Somer aparece en al menos cuatro retratos importantes, incluido el famoso cuadro de *La familia de Enrique VIII* (c. 1545). Su inclusión en estas obras dinásticas, a menudo en los márgenes, pero claramente visible, sugiere que, para los Tudor, era más que un simple criado: amuleto de buena suerte o mascota que simbolizaba su linaje, queda constatada su cercanía y su consideración.

En cuanto al trato recibido, Andersson no edulcora la realidad. Aunque Somer disfrutaba de privilegios y afecto por parte de algunos cortesanos (como Nicholas Wotton, quien se refería a él con cariño), también estaba sujeto a la violencia física y a la humillación, prácticas comunes hacia los bufones en el Renacimiento. La risa que provocaba Somer era a menudo una mezcla de superioridad y compasión, un recordatorio para los poderosos de la fragilidad de la razón humana. Sea como fuere, Andersson contribuye con su obra a una causa importante: resaltar la dignidad de una figura que fue considerada propiedad real.

Su legado, según Andersson, no es el de la comedia de *stand-up*, sino el del “*bon mot* involuntario” y la presencia de lo auténtico en un mundo de máscaras. Somer fue el hombre más cercano al rey no por su consejo político, sino porque en su locura o simplicidad, ofrecía a Enrique VIII un espejo de la humanidad básica que la corona solía obviar. Andersson concluye que, sin la presencia de este hombre que dormía entre los perros, la corte de los Tudor habría perdido una dimensión esencial de su propia humanidad.

Más allá de una época concreta, la figura que Somer representa es importante en una realidad política que se debate entre la concentración del poder y la división de poderes. Siendo estas dos categorías las dos grandes posibilidades de cualquier organización política (¿existe alguna más?), que la crítica al poder esté contemplada dentro del sistema sin ser neutralizada marca la diferencia entre una y otra. La mejor comedia, además de sugerir la posibilidad de una vida feliz, actúa en esa dirección. A este respecto, el libro de Andersson nos ayuda a plantearnos adecuadamente hasta qué punto una vida sin examen merece la pena.

Fernando Vidagañ Murgui